

juguets de porcelana y un álbum de retratos, una gran chocolatera de cobre, vieja y requemada, con su molinillo de palo muy tieso, chorreando el espeso líquido. La Condesa mostró á Margarita con la punta de la sombrilla el extraño *bibelot*, diciendo muy bajo:

—Caprichos de artista...

Margarita rompió á reir conteniéndose á duras penas, y la Condesa, no obstante su preocupación, vióse forzada también á soltar la risa, añadiendo á media voz:

—Con tal que no nos mande á la *Kermesse* este utensilio...

Sonó una puerta en el interior, luego otra más cerca, y el *groom* levantó la cortina: Currita respiró desahogada... Entraba la dama duende, la incógnita de las camelias, con el aplomo y el descoco de una *diva* de café cantante que se presenta ante el público, fijando en él una mirada de provocación más bien que de temor ó de extrañeza. La Condesa no se aturdió tampoco; con la exquisita distinción de la gran señora de raza, que tan en alto grado poseía y el aplomo de la mujer de mundo que encuentra reparos para todos los apuros, y salida para todos los laberintos, y palabras para todas las situaciones, expuso á la dama anónima el objeto de su visita. Ella se conmovió mucho... *Amabá á la España muy fuerte, y estaban los carlistas unos brigantes muy atrevidos, como Diego Corrientes y José María.*

Currita al oírla chapurrear tan desastrosamente el castellano, hablóle en francés, y ella agradeció la atención con una amable sonrisa. Comenzó entonces á hablar con grande soltura y elegancia, lamentando los estragos de la guerra, ensalzando la misión de la mujer, ponderando la virtud de la caridad con el fuego y el entusiasmo de Vicente de Paul en persona. Currita le dijo sonriendo:

—Veo que no me he engañado al apelar á sus sentimientos de V., y espero que nos enviará algún socorro para nuestros pobres heridos.

—¡Oh! sí, sí...

—Cualquiera cosa; lo que V. pueda... Algún *bibelot* para la *Kermesse*.

—¡Oh! sí, sí...--Enviaré algún objeto de arte...

Margarita se mordió los labios para no soltar la risa; pen-

saba si sería la chocolatera el objeto de arte prometido. Currita díjole entonces con graciosa sonrisa:

—Y si ese objeto de arte es obra de su genio de V., será mucho más agradecido.

—¡Oh!... ¿Mi genio?--exclamó la otra muy sorprendida.

—Sí; su genio he dicho...--Ya sabe V. que esas cosas no pueden ocultarse... Su paisana Mme. Staël lo dijo: donde hay genio, brilla.

—¡Oh!...

—El Marqués de Sabadell,--prosiguió Currita dejando caer lentamente las palabras, me enseñó aquel ramito de camelias que... *le vendió* V. hace tiempo... ¡Es un *quadretto* delicioso! Si manda V. á la *Kermesse* una *pochade* parecida, no habrá regalo que la iguale...

La dama anónima sonreía, sonreía siempre, con los ojos bajos, como abrumada por el peso de aquellas lisonjas que hacían vibrar las aletas de su fina nariz, con estremecimientos de rabia. Currita quiso darle el golpe de gracia, y con aire de bondadosa protección, dijo entonces:

—¿Y tiene V. muchas discípulas?

Enderezóse la otra bruscamente, como si la idea de que trabajase para vivir la ofendiera demasiado.

—Me había dicho el Marqués que daba usted lecciones de pintura.

—¡Oh! no, no...--No soy profesora: discípula, pobre discípula...

Y con su suave acento y sus modestos meneos, disimulaba y contenía el impulso feroz que hace á la gata rabiosa tirarse á los ojos del contrario: dióse al fin Currita por satisfecha, y marchóse dejando á su parecer á la dama duende confundida y humillada. Al arrancar la berlina soltó al fin Margarita la risa, exclamando entre inocentes carcajadas:

—¿Pero qué haría en el salón aquella chocolatera?...

—¿Pues no te lo he dicho?--replicó la Albornoz haciendo coro á las risas de la niña. De seguro que la manda á la *Kermesse*, como un *bibelot* nunca visto: verás como un me equivoco.

Tres días después, pudo Margarita convencerse de que su ilustre amiga y madrina se equivocaba por completo... Pe-

dro López había dicho, y millares de lectores lo vieron en *La flor de Lis*, que el ángel de la caridad había sentado sus reales en el palacio de la celestial Condesa de Albornoz... Fuese ó no esto cierto, éralo sin embargo que de los cuatro ángulos de la villa y corte, afluían al palacio preciosos regalos para la *Kermesse*, patrocinada por la dama, que iban quedando expuestos al público, con grande primor colocados en los varios salones: por las noches, en uno de ellos espléndidamente iluminado y en torno de una larga mesa cubierta por rico tapiz de tintas oscuras, agrupábase un risueño enjambre de jóvenes doncellas y apuestos donceles,—así los llamaba Pedro López,—que barajados y confundidos formando parejas, y más pegaditos entre sí ellas y ellos de lo que la temperatura ordinaria pedía de suyo, dedicábanse á la caritativa tarea de hacer hilas para los infelices heridos del Norte. Currita deseando despertar la emulación en provecho de los pobrecitos heridos, distribuía los de esta suerte, y era verdaderamente un encanto que arrasaba en lágrimas los ojos ver aquellas tiernas parejas de inocentes doncellitas de quince á veinte años, y castos mancebitos de veinte, treinta y hasta cuarenta, sacando hilas del mismo trapito, sosteniendo por lo bajo pláticas caritativas que les animaban á la santa obra, todo, por supuesto, bajo la inspección de la angelical Condesa de Albornoz, que iba de un lado á otro distribuyendo las parejas, repartiendo los trapitos, recogiendo en bandejas de plata, ayudada de sus micos, la obra ya hecha, animando á los perezosos con una sonrisa, enfervorizando á los tibios con una palabra, prendiendo por todas partes el fuego de caridad que la abrazaba á ella misma. Ni el báculo de San Francisco, ni el manto de Santa Teresa, ni el ceñidor de San Ignacio de Loyola hicieron nunca curas tan milagrosas, como las que habían de operar aquellas hilas con tan pura intención trabajadas, en las heridas, llagas y tolondrones de los pobrecitos heridos del Norte. Aquello merecía ser visto, y Diógenes, que lo vió una vez, manifestó en el Veloz-Club ya muy entrada la noche, lo que le habían parecido las parejas de operarios, y lo que le había recordado su directora y maestra...

Los personajes más conspicuos de la corte pasaban por

allí pagando su tributo, y hasta D. Casimiro Pantojas había hecho una noche sus hilitas, sin más que un ligero percance, hijo de su cortedad de vista: equivoó el trapo con el rico pañuelo de batista de la dama vecina, olvidado encima de la mesa, y púsose muy afanado á sacar hilas de éste, haciendo dos pelotones finísimos. Alzó el grito la dama, porque tenía para ella el pañuelo grandes recuerdos, y desolado D. Casimiro al reconocer su error, devolvióselo con un fleco en torno, de cuatro dedos de ancho.

Dos figuras de primera magnitud habíanse, sin embargo, hecho notar por su ausencia, y eran estas el Marqués de Butrón y el tío Frasquito: créase que un pertinaz constipado tenía encerrado á éste entre las cuatro paredes de su casa, y no se ignoraba tampoco que las relaciones del gran Robinson con la ilustre dama, habíanse enfriado algún tanto con motivo de la Vicepresidencia ofrecida y desairada. Sorpresa causó, pues, aquella noche ver entrar al peludo diplomático en el caritativo taller de las hilas, y acercarse á la Condesa con la más risueña de sus caras y el más expresivo de sus gestos: ella dejó escapar al verle una ligera exclamación de infantil alegría, y acrecentó el pasmo de todos, gritándole con sus mimitos más suaves:

—¡Butrón... un trapito!...—Nada, nada, aquí no se quieren ociosos... Venga V. á sacar hilas conmigo... Allí, junto á mí; en mi mismo trapo...

Y dejando abandonada á su propio impulso, la filantrópica tarea de enardecer el fervor de sus operarios, retiróse á un rincón con el diplomático, llevando en la mano un fino trapito cuadrado y una bandeja de plata para colocar las hilas. Nada sabía aún Currita de Jacobo, y al ver entrar al sabio Mentor, figurósele que éste le traería noticias del prófugo joven Telémaco. Butrón estaba, sin embargo, en la misma ignorancia, y el mismo pensamiento y los mismos interasados deseos, traíanle en busca de la invulnerable Calipso. La repentina marcha de Jacobo habíale alarmado, temiendo se ocultase tras de ella algún enredo que perjudicase á sus trabajos políticos, y fingiéndose enterado de lo que deseaba saber, proponíase arrancar con maña á la dama, el hilo del ovillo.

Currita y Butrón se miraron un momento en el apartado rinconcito, como invitándose á hablar mutuamente, y ella, viendo que el respetable diplomático no daba luz ninguna, púsose muy afanada á sacar sus hilas, y comenzó á confiarle sus pesares domésticos... Fernandito andaba muy mal, y le inspiraba su salud serios cuidados: su falta de memoria llegaba ya al punto de habersele olvidado días atrás que había comido, y armar una pelotera terrible, queriendo por segundo vez sentarse á la mesa... Sánchez Ocaña y Letamendi le habían reconocido, y ambos opinaban que era aquello un principio de reblandecimiento cerebral que le llevaría lentamente á la sepultura... Ella estaba acongojada: si fuese siquiera una enfermedad repentina que se lo llevara Dios en pocos días... vamos, sensible era siempre quedar una mujer sola, con dos hijos que educar, sin tener á su lado hombre alguno... ¡Pero verle padecer tanto tiempo, consumirse poco á poco, sin esperanza ninguna!...

—Y cada día más tonto, Butrón, crea V. que no exagero. Yo creí que era imposible serlo más, pues nada, todos los días progresa...

El respetable Butrón dió un suspiro, y poniendo en el anzuelo el cebo de un consuelito, tendió delicadamente la caña.

—Siempre te quedará Jacobo, excelente amigo que sabrá aconsejarte...—¿No te ha escrito?...

Ella, arreglando con mucho primor su manojito de hilas, contestó sencillamente:

—Sí, ayer tuve carta...—Por supuesto, que á V. también le habrá escrito...

—No, no he recibido carta ninguna, pero no me extraña. —Al desperdirse me dijo que hasta tener noticias seguras, no me escribiría. ¿De dónde te escribe ya?...

Las hilas se enredaron, y preciso fué inclinarse hacia la luz para buscar el hilito, haciendo una pausa mientras tanto.

—¿Querrá V. creer que no pone fecha ninguna?...—Me dice, sin embargo, que escribe en el *restaurant* de la estación, esperando el tren ascendente... Como el pobre es tan extremoso, quiso á toda prisa sacarme de cuidados...

—Sí, muy extremoso--replicó Butrón; pero también muy atolondrado. ¿A que no te pone señas ningunas?...

—No, ningunas...

—Pues ya tú ves, á mí tampoco me las ha dejado, y me precisa enviarle ciertas instrucciones que después de su marcha he recibido...—Por eso venía á preguntarte esta noche, si sabías tú dónde paraba.

—Pues no lo sé, Butrón; y me tiene esto muy perpleja... —Porque Damián me ha traído varias cartas que le han llegado por el correo, y no sé dónde enviárselas...

—¡Si falta en esa cabeza algún tornillo!... Preciso será esperar á que escriba de nuevo, y te encargo mucho que en cuanto recibas sus señas, me las envíes de seguida.

—Descuide V., Butrón; pero le encargo también que no tarde en mandármelas si las recibe V. primero...

—¡Oh!--replicó Butrón con mucha galantería: imposible es que Jacobo cometa semejante pifia.....

—¡Ay no, no, Butrón!--dijo Currita con melancólico acento. No crea V. que me hago yo ilusiones algunas: sé muy bien que no hay rival tan temible para una mujer, como la sota de bastos ó la esperanza de una cartera...

Y aquí se detuvieron los dos, convencidos por completo de haberse engañado recíprocamente, creyendo ella, hecha una furia, que Jacobo de acuerdo con Butrón había marchado á negocios del paatido, sin decirle una palabra: juzgando él, hecho un basilisco, que Currita y Jacobo se emancipaban de su tutela, constituyéndose en cantón independiente, y obrando por cuenta propia en los negocios políticos... Un suceso repentino impidióles seguir explorando con la misma habilidad, los respectivos campos: entró un criado trayendo un gran estuche de terciopelo granate muy oscuro, magnífico regalo para la *Kermesse*, que acababan de traer á aquella hora intempestiva, con la idea deliberada sin duda, de que pudiera ser admirado al mismo tiempo por toda la brillante concurrencia. Gorito Sardona, mico de guardia aquella noche, tomó el estuche de manos del lacayo, y púsole sobre la mesa, llamando á gritos á Currita. Acudió ésta seguida del diplomático, y un ligero grito que pareció arrancarle la admiración, y le arrancaban en realidad el temor y la sorpresa,

se escapó de sus labios á la vista del estuche... Habíale recordado al punto otro enteramente semejante, con la sola diferencia de que sobre el oscuro terciopelo de la tapa de aquel otro, se destacaba bajo una corona de Marqués, una caprichosa S de oro mate, y en este sólo se veía en aquel lugar un poco chafado el terciopelo... Tres segundos permaneció, sin embargo, inmóvil, contemplando el estuche, sin osar abrirlo: agrupábanse todos á su alrededor, oprimiéndola estrujándola contra la mesa, ansiosos de contemplar la maravilla, y no hubo más remedio que apretar el resorte y levantar la tapa...

Una exclamación general de asombro se escapó de todos los labios, ahogando el sordo rugido de la rabia y despecho, que hinchó la garganta de Carrita... Sobre el blanco terciopelo que forraba el interior, destacábase en toda su magnificencia la obra maestra de Enrique de Arfe, el marco antiguo de plata cincelada que había regalado ella á Jacobo en aquel mismo estuche, con su propio retrato de reina japonesa... Este había desaparecido, y veíase en su lugar otra extraña fotografía: representaba una camelia de tamaño natural, y echada sobre ella como sobre el alfeizar de una ventana, aparecía el busto de una mujer, de la dama duende que todos conocían, apoyada la mejilla izquierda sobre ambas manos cruzadas, mirando al frente con provocativa insolencia, sacando la lengua con gesto de pilluelo redomado, á todo el que mirase el retrato por cualquier lado que fuese: por debajo, leíase escrito con muy buena letra inglesa:

A LA EXCMA. SRA. CONDESA DE ALBORNOZ,

Mademoiselle de Sirop.

Nadie dijo una palabra, nadie hizo un comentario... En el embarazoso silencio que deja al descubierto las grandes vergüenzas, oyóse tan sólo la suave vocecita de la Albornoz, que decía algún tanto temblorosa:

— ¿Mademoiselle de Sirop?... — ¡Qué delicia!... Si será prima del jarabe Henry Mure, que han recetado á Fernandito?.....

VIII

El despertar de Jacobo fué alegre: había ganado la noche antes jugando en el Casino hasta las cuatro de la mañana, más de cinco mil duros. Hay, sin embargo, algo en el hombre que despierta antes que la razón y los sentidos, y levanta la voz y grita y no calla ni aún en esos momentos de duermevela en que flotan las ideas como cabos sueltos, sin que la voluntad, dormida todavía, haya tenido tiempo de atarlas y enderezarlas ó torcerlas á su albedrío. Este algo se llama remordimiento, y él con su punzante aguijón, puso ante los ojos de Jacobo, antes que los cinco mil duros ganados, las aterradas fisonomías de la mujer y de los hijos del que los había perdido, padre de familia, jugador de oficio, marcado con ese sello de desdicha común á los del gremio, que por ser desdicha buscada, no despierta hacia ellos mismos compasión, sino enojo. En las ganancias del juego, ha dicho uno, hay siempre algo parecido al robo, porque con razón puede decirse que se toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y si bien es cierto que se gana este dinero ajeno exponiendo el propio, también lo es que los ladrones en cuadrilla exponen sus vidas en las encrucijadas de los caminos, y la vida, aunque sea de un facineroso, vale más que el dinero.

Volvióse Jacobo del otro lado, ahogando estas reflexiones con su voluntad ya despierta, y tiró de la campanilla murmurando entre dientes:

Amar á nuestro prójimo
Nos manda la doctrina,
Y al prójimo en la guerra,
Le dan contra una esquina.

Entró Damián, trayendo como todos los días el correo y los periódicos, que puso al alcance de la mano de Jacobo sobre la mesa de noche. Abrió luego las persianas, recorrió